

## CABEZA DE VERRACO. BEMBIBRE

Siglo I a.C.-I d.C.

Granito

La talla, espléndida, de esta pieza abre un abanico de sugerencias, artísticas e histórico-arqueológicas sobre el yacimiento y el territorio de su origen, las tierras de Viana.

Allá por el año 1947, Laureano Prieto le hizo llegar a Xesús Taboada Chivite la noticia de la existencia de esta pieza en el lugar de Bembibre, quien poco tiempo después la daba a conocer en una nota en el Archivo Español de Arqueología del año siguiente y paralelamente en un artículo más extenso en los Cuadernos de Estudios Gallegos, añadiendo a ésta las noticias sobre otras dos muy semejantes aparecidas en el Casteliño (Castrelo do Val) y en Florederrei Vello. En poco tiempo, sus gestiones y el empeño del entonces director del Museo, don Basilio Osaba y Ruíz de Erechún, permitieron el ingreso de la pieza en el Museo, rescatando la que, hasta hoy y juntamente con la pieza de Paderne, es la más emblemática de las representaciones de animales de la cultura castreña y el testigo más evidente de lo que Taboada Chivite, y con él López Cuevillas, definieron como la muestra de incidencia de la cultura de los verracos en la cultura castreña, y que aún hoy se mantiene como tal, a pesar de las razonadas matizaciones que hace Calo Lourido.

Se trata de una pieza granítica, con unas dimensiones máximas de 73 x 17 x 20 cm., de las que la representación de la cabeza del verraco corresponde a un extremo, con una longitud de 27 cm., quedando el resto apenas trabajado, con hechura de sección cuadrilonga, destinado para empotrarse en una pared, sin traza de otros rasgos figurados. La pieza presenta una rotura en el borde izquierdo de la boca, marcada por un rasgo profundo y continuo, rotura que no desfigura ni merma la calidad de su factura, cuidada en todos los detalles: agujereados nasales del hocico, protuberancias supraorbitales, rasgado sencillo de los ojos. Las orejas caen por sus respectivos lados de la cabeza, simétricas, y en el cuello, una moldura sencilla destaca la cabeza del cuerpo de la pieza sin trabajar.

Cuando se dio noticia de ella estaba en la pared de una casa de Bembibre, pero toda las informaciones lo atribuían al inmediato yacimiento conocido como Vila de Sen o O Eirexario, del que proceden también, según Ferro

Couselo, un relieve con una figura humana y otros elementos arqueológicos. La naturaleza y carácter del yacimiento fue objeto de ciertas discusiones y hasta fecha bien reciente se carecía de una aproximación topográfica, pero los trabajos de Xusto Rodríguez lo definieron con plenitud, y me serviré de su descripción para darlo a conocer, ya que ayuda a su comprensión y plantea problemas que están en el origen del debate sobre la pieza.

“El yacimiento se localiza a media ladera, en el extremo oriental de una explanada que, a manera de espolón, sobresale desde Cima da Cruz, ocupando además una posición intermedia en la bacía del río Camba, en su vertiente izquierda. Consta de un recinto superior a manera de croa de morfología oval y con orientación SO-NE, delimitada y defendida en el sector oriental por un talud mientras en las restantes áreas lo hace a través de una muralla con derribos de cuatro metros de ancho. Por el NE y E de la croa se delimitan, mediante taludes y paramentos pétreos, al menos tres recintos, alguno con paramento ciclópeo. El yacimiento ocupa también el sector situado al NO, O y S de la parte alta, en un área actualmente roturada, casi llana y en el que se advierten numerosos fragmentos de tégula en superficie. El acceso a la *croa* se hacía a través de una simple interrupción de la muralla oeste, si bien para proteger a dicha puerta se colocó un bastión o parapeto delantero que obliga a hacer una entrada lateral desde el sudoeste. En este sector e integrados en el derrumbe de la muralla se conservan los restos de dos construcciones angulares que popularmente se relacionan con la “iglesia vieja” y con el “antiguo cementerio”, y de estos sector proceden algunas cajas pétreas de sarcófago reutilizadas como bebederos de ganado en la aldea de Bemibre”.

Ofreciendo una topografía propia del mundo castreño, los materiales de superficie y la tradición revelan una continuidad poblacional amplia, lo que suscita el debate sobre el momento cultural más apropiado para la adscripción de la cabeza del verraco, y otro tanto acontece con el yacimiento de origen de otro de los verracos entonces publicados, el de Florderrei Vello. También aquí los restos localizados nos hablan de la continuidad poblacional, y, al lado de la gran puerta con recios muros de cantería descubiertos al abrir la pista en los años ochenta y todavía visibles, los materiales de superficie y el descubrimiento de una necrópolis de inhumación con inscripciones, monedas y cerámica romana evidencia la continuidad, que tiene su contrapunto en algunos materiales que parecen del bronce final. Y otro tanto sucede con los yacimientos de origen de otros

ejemplares de cabezas animales, como es el caso del zamorano de Villardiega de la Ribera.

Obviamente, en un primer momento -y sigue pesando el paralelismo- se relacionaron las figuras con las de los verracos de la inmediata área vetona y con la plástica prerromana o de los comienzos de la conquista, aunque a renglón seguido se señalan las diferencias. Así lo hace Taboada, y con él Cuevillas, y prácticamente todos los que tratan del asunto con posterioridad al examinar el tema de los verracos (J. R. de los Santos Junior, R. Martín Valls, F. Diego Santos, G. López Monteagudo o J. R. Álvarez-Sanchís) y tan sólo Calo Lourido establece matices diferenciadores. Efectivamente, Taboada establece que estas piezas representan la influencia de los verracos, como parte del grupo trasmontano, en el Noroeste, para a renglón seguido explicarlos como una introducción céltica, con un valor significativo diferente al que tienen en sí los verracos y considerándolas posteriores a los grupos meseteños del círculo de las Cogotas, como propios de los primeros tiempos de la romanización.

Otra cara del debate es su valor indiciario sobre los lindes de la cultura castreña, que ayudan a Esparza, siguiendo a Martín Valls, a integrar el territorio zamorano, hasta el Esla, dentro de la cultura castreña, mientras Calo, siguiendo las primigenias aportaciones de Cuevillas y los mismos hechos aportados por Esparza pero reinterpretándolos con otro sentido, las considera al margen, con su propia singularidad.

Por nuestra parte, por el análisis estilístico, consideramos que la pieza forma parte de un grupo específico dentro del ámbito de la plástica, marcando diferencias con las formas y expresiones propias del castreño y de las representaciones animalísticas de su ámbito, y creemos que su cronología puede establecerse en torno al cambio de Era, pero la definición general de los contextos y caracterización arqueológica de todo el sector precisarán de las intervenciones arqueológicas de campo -hoy abandonadas en Galicia, que no en las vecinas Zamora o León -con el fin de establecer su integración, como indica Esparza, o diferenciación, como quiere Calo, entre la cultura castreña mejor definida y diferenciada de aquel otro ámbito que presenta y tiene sus propias singularidades, sin tener que entrar en las dinámicas centro-periferia que tanto se han debatido a este propósito. Ojalá podamos pronto abrir nuevas ventanas a la investigación y conocer los contextos oportunos, dándole continuidad a los programas de investigación de campo que ofrezcan sus resultados al conocimiento de todos.